

El niño es afectuoso por naturaleza. Tanto o casi tanto como el alimento y el juego representan para él la caricia y la palabra amable.

En un comienzo, el niño ama como una respuesta el medio que le rodea y que le ama a él. Ama porque ve que le aman. Ama por imitación. Como los salvajes el niño, que no tiene personalidad, **imita** lo que a su alrededor se realiza y esa imitación es un mimetismo social, el homenaje a la superioridad. Ama a la madre que lo alimenta, a la nodriza que le pasea, al padre que le trae juguetes, al caballo de cartón que le acompaña en sus juegos.

Es por lo tanto su amor el reflejo del cariño o de los beneficios que las cosas amadas le reportan a él. Es la suya una psicología de espejo. Quizás en un medio familiar seco de toda afectividad, desprovisto de todo cariño, se embotarían sus potencias sentimentales y afectivas. Pero lo cierto es que el niño quiere y desea ser querido.

¿Egoísmo? ¿Ignora el niño que haya en el mundo otras alegrías y penas que las suyas? ¿Son las personas familiares para él objetos sin alma? (Naville). Quizás sea un egoísta, pero es un sencillo, inocente y amable egoísta. Puede que lo sea, pero sin saberlo. Busca el placer instintivamente del mismo modo que huye del dolor. Por eso ama lo que es bueno para él y detesta lo que es desagradable. No es un inmoral, sino un amoral. Por eso varía tanto su ulterior psicología según pase sus primeros años en un buen ambiente familiar o en un medio huérfano de todo cariño, como lo pasaron Oliverio Twist, David Copperfield y todos esos niños de Dickens víctimas de la crueldad social.

Para el niño, todo lo que ama es bello y feo lo que le es odioso. El máximo de belleza es la cara ajada y rugosa de la nodriza que le acompaña, como es el sùmmum de fealdad (¡Fea! ¡No te quiero! — dice el infante —), la bella damisela que no quiso arrugar su falda con el cuerpo del niño puesto sobre ella. ¿Deficiente sentido de la Estética? No. De ningún modo. En esto como en tantas otras cosas, es el niño un formidable psicólogo, que va directamente a buscar la belleza de las personas y de las cosas en el fondo de las mismas y no en la superficie como hacen tantos adultos. Pero a la par que un gran psicólogo es un terrible barbián, que no se recata de hacer pública expresión de sus sentimientos.

«¿Por qué serán los niños tan inteligentes y los adultos tan bestias?» — dijo Alejandro Dumas.

Los afectos del niño están presididos por la simpatía, esto es, por la tendencia a reproducir los sentimientos de otro. He ahí la explicación del cariño del niño hacia los animales, en los que ve seres en un todo semejantes a él: hambrientos, de constante movilidad e inquietud y anhelosos de juegos y caricias. El niño ama los perros y busca la compañía de toda clase de animales, y los relatos que prefiere son los de animales, en los que se reconoce a sí mismo, en la narración de las desventuras de Patito Gris. Por eso los grandes cuentistas infantiles — atisbando este detalle de la Psicología del niño — prefirieron animales para protagonistas de sus narraciones. Tales Grimm y Andersen.

Precisa más tiempo para que cese esta simpatía y los afectos del infante estén dirigidos por una comunidad emocional con la persona amada. En ocasiones el cariño del niño llega hasta los celos, muchas veces confundidos con la envidia. Se es celoso de las caricias maternas, pero se es envidioso si la madre da los caramelos más grandes al otro hermano.

La base de estos celos es una manifestación egoísta del infante, o mejor una simbiosis de dicho cariño-egoísta.